



# vacaciones turbadoras

Por Luis Alberto Jiménez Acevedo

No hay nada mejor que los periodos vacacionales. Todos estamos deseando que lleguen esos días tan especiales para desconectar de la rutina diaria, del trabajo, de la gran ciudad y comenzar, como todos los años, esta etapa donde “recargar las pilas”, ponerse moreno o descansar y disfrutar el tiempo sin preocuparnos de mirar la hora para nada, más bien para dejarnos el reloj en casa y salir, por cualquier medio, hacia nuestro destino junto a nuestra familia o amigos. O, en el caso más extremo, viajar en solitario para descubrir nuevos lugares.

Una familia compuesta por el matrimonio Anna (Susanne Lothar) y Georg (Ulrich Mühe) junto a su hijo Georgie (Stefan Clapczynski), a los que acompaña su perro, se encaminan hacia su lugar de veraneo, una idílica casa junto a un lago en el que piensan navegar con el velero que llevan remolcado. Mientras la madre deshace las maletas y padre e hijo preparan el barco, un joven de buenos modales, al que acaban de conocer en la casa de los vecinos según iban a su chalet, aparece en la puerta pidiendo unos huevos para la vecina, al rato aparece otro joven que se presenta muy cortésmente también. Con este inicio nada raro ni extraño comienza **Funny Games: Juegos divertidos** (*Funny Games*, Michael Haneke; 1997), una película que no olvidaremos en mucho tiempo, no sólo por la calidad cinematográfica, que la tiene, si no por su dureza en las imágenes que vemos y en las que no vemos.

La llegada de los dos educados jóvenes, Paul (Arno Frisch) y Peter (Frank Giering), con una excusa nimia, desencadena una espiral de violencia hacia la familia que inicialmente no entiende nada de lo que ocurre, pero según pasa el tiempo comprenden que están en manos de unos sádicos que no razonan ni atienden las súplicas del matrimonio. Con una falsa naturalidad y modales de educación exquisita, bajo la que esconden una crueldad enfermiza, comienzan una tortura, tanto física como moral, de todos los integrantes de la familia.

El espectador no enterado del argumento, bien porque no haya indagado en el mismo o por desconocimiento de la ficha del film, sufre un impacto brutal cuando pasa de un inicio tranquilo, amenizado por la música clásica que va oyendo la familia durante el viaje a su lugar de descanso, a la violencia más rebuscada en donde, cada minuto que pasa, los que vemos la película asistimos impotentes a un enfrentamiento entre “buenos” y “malos”, sintiendo un odio furibundo hacia los dos invitados que han hecho de la casa su zona de esparcimiento, su lugar de juego... “Juegos divertidos” como apostilla el título de la película. Aunque de divertido no tiene nada.

Ya el director nos da un aviso, por medio de la música, en el comienzo de la historia pues tras el apacible principio, de repente y sin solución de continuidad, irrumpe un tema heavy a todo volumen, como indicando que la tranquilidad, que se presupone, va a saltar hecha añicos de alguna forma. Esta clase de música también la tendremos al final, cuando todo ha ocurrido, revelando que lo que hemos visto va a continuar, si no de esa, de una manera parecida. Lo que deja al espectador inquieto, sin saber muy bien cómo reaccionar cuando se encienden las luces de la sala de cine y aún está procesando en su mente todo lo que acaba de presenciar, incluso a más de uno le costará poderse levantar de la butaca mientras analiza lo que ha pasado ante sus ojos. Lo contrario que les ocurrió a varios espectadores y algunos críticos, que se levantaron de sus asientos y abandonaron la sala antes del final en el Festival de Cannes de 1997, en el que estuvo nominada a la Palma de Oro.

El realismo que ofrece el realizador hace que sintamos, más si cabe, simpatía por la familia retenida y aborrezcamos, cada vez más, a la pareja de psicópatas, que intentar tener una complicidad con el espectador por medio de guiños y comentarios hacia la pantalla, como intentado justificar su actuación, a todas luces injustificable. Incluso la vestimenta de ambos, con predominio de ropa blanca o de tonos claros, está en las antípodas de lo que normalmente se supone para los malvados, todos de negro o colores muy oscuros, aquí no, aquí parecen dos chicos angelicales que nunca han hecho mal a nadie. Incluso hay una escena (con un mando a distancia por medio) en la que tras ocurrir algo que hace al espectador respirar un poco aliviado, todo cambia como por arte de magia y vuelve la crueldad a presidir la acción. Esto sí que es un “juego” hacia el público, por parte del director, que asiste atónito a lo que acaba de ver.

Una película que no olvidaremos en mucho tiempo, no sólo por la calidad cinematográfica, que la tiene, si no por su dureza en las imágenes que vemos y en las que no vemos

Como en cualquier historia que se precie, la pareja de malvados, tienen caracteres opuestos. El jefe que lleva la voz cantante, con autoridad y disciplina, domina al otro que no hace más que obedecer y no se atreve a levantar la voz, pues su manera de ser está totalmente eclipsada por aquel que admira y al que seguirá hasta el final, pese a los menosprecios (incluso vejaciones) a que es sometido por su amigo.



Funny Games: Juegos divertidos, dirigida por Michael Haneke

Michael Haneke ya nos sorprendió, en años anteriores a esta película, con una trilogía: *El séptimo continente* (*Der siebente Kontinent*, 1989), *El video de Benny* (*Benny's Video*, 1992) y *71 fragmentos de una cronología del azar* (*71 Fragmente einer Chronologie des Zufalls*, 1994), en las que la violencia de la sociedad estaba presente, para desembocar en el título que hoy nos ocupa y en el que reúne todo lo que antes había desarrollado por separado. En esta ocasión juega con el sonido, a veces casi sin ruidos de fondo; con la luz, dotando a las escenas interiores de una luminosidad tenue y en las pocas exteriores con luz natural brillante; con los silencios, como si los intérpretes no tuvieran nada que decir pese a gritar por dentro; con la calma, dando la sensación de que se ha parado la proyección. También, en varias escenas, se recrea en los ojos de la protagonista ofreciendo al espectador una amargura, un sufrimiento, una súplica por su vida y la de su familia que sobrecoge por la intensidad de la interpretación. En cambio, el marido no tiene tanta profundidad como la esposa, está menos desarrollado, cala menos en el espectador.

Cabe decir que la pareja protagonista, eran también matrimonio en la vida real durante la época del rodaje de esta película y que ambos fallecieron, no muy mayores: en 2007 Ulrich Mühe con 54 años y en 2012 Susanne Lothar con 51 años.

Michael Haneke rodó en 2007 un *remake*, con Naomi Watts y Tim Roth para promocionar la película en la cinematografía americana, que más bien se podía definir como una copia pues, empezando por el título que mantuvo el mismo, cada plano es un calco al de la obra original, solo que en esa ocasión contaba con una pareja protagonista mucho más famosa y conocida por el gran público que en el film de 1997.

En suma, estamos ante una película en la que los espectadores están tensos de principio a fin ante lo que pasa ante sus ojos, asistiendo a un terrible espectáculo que el director lanza como un cañonazo para presentarnos una dura imagen sobre la irracionalidad de las personas.